

cuando empiezo una palabra, no es capaz de terminarla ella sola.

Segunda dificultad: No tengo tiempo. ¿Tampoco crees en esto, verdad? ¡Ah, si hubieras conocido el tiempo, tal y como era en mi juventud! (En la época de la batalla de Waterloo, donde yo mandaba un regimiento). Cada día tenía, siempre, veinticinco horas. A veces, treinta y hasta cuarenta.

Tercera dificultad, la más grave: mi antipatía por los niños. Yo no sé por qué soy yo así, pero los detesto, como detesto los sillones y los «plum-puddings». ¿No crees en esto, tampoco? ¡Ah, si tú hubieras visto a los niños de mi juventud! (Batalla de Waterloo. Yo mandaba un ejército y me llamaba Duque de Wellington, pero encontré más tarde que era incómodo llevar un nombre tan largo y tomé el nombre de M. Dodgson; escogí este nombre porque empieza con la misma letra que duque). Ya ves que me es imposible escribirte. Espero que no estés muy desilusionado de no recibir carta de parte de tu afectísimo amigo.
—C. L. DODGSON.

Cossío.

□ En Madrid ha muerto, muy anciano, don Manuel Bartolomé Cossío, primer ciudadano de honor de la República. Era el último perteneciente a la generación de aquellos hombres señeros, que tenía como epónimo a don Francisco Giner de los Ríos. Cossío ha muerto dejando una estela de hombría de bien, muy superior a todas las estelas literarias y catedraticas que ha dejado por añadidura. Era uno de esos admirables viejos que conservan hasta el último instante su dignidad y que—por excepcional temperamento y enseñanza de sí mismos—pasan sin caducar ni entrar en caquexias espirituales. Como no tenía por qué aferrarse a zarandajas de actualidad, su posición señera se ha mantenido hasta última hora. Había huído siempre, y más en sus últimos años, de todo exhibicionismo, ese mal tan pegadizo

y tan apto para contagiar a los que declinan. Hasta los hechos posteriores a su muerte han sido llenos de dignidad.

Dispuso que respetaran su silencio; la familia cumplió con esta disposición y el primer ciudadano de honor, desdeñando todos los oropeles condecorativos, ha sido respetado. Ni periodistas, ni fotógrafos han violado este respeto por él deseado, y cumplido por los suyos. Humildemente, sin que se supiera nada de él, en su vida de los últimos meses, sin que salieran a relucir, a lo mejor trastocados por el papeleo periodístico, sus postreros días, ha sido llevado a la última morada.

Autor de numerosos folletos y opúsculos sobre enseñanza, y de una labor pedagógica considerable, su obra principal se centra en los tomos, no completados, de su «Historia del Arte». Pero más que ningún libro ni otra publicación, la fama merecida de don Manuel Bartolomé Cossío provino de su descubrimiento (así lo ha llamado Jean Cassou) del Greco. La obra de Cossío sobre el gran pintor hispano-cretense fué la exégesis de arte más completa que como monografía se haya publicado en idiomas latinos durante muchos años.

El creador de la prensa.

□ Hace algunos meses que «Le Crapouillot», en uno de esos sabrosos e interesantes suplementos que tan bien sabe organizar Galtier-Boissière, publicó una historia del periodismo moderno. La figura inicial de la época era Emilio de Girardín. Ahora, más recientemente, el historiador Maurice Reclus publica un completo estudio biográfico-crítico, sobre la personalidad de Girardín. Lejos de lo que puede apreciarse al juzgar la vida de Girardín en su madurez, los primeros años fueron de un color novelesco y de una substancia aventurera de la más curiosa índole.

Fué hijo natural y sus padres, lejos de interesarse por él, le dejaron al cuidado de una familia campesina, de la cual Emilio